

disposición que trahía la voz indomita, la que
 presentó con la misma firmeza y resolución
 no era el que se esperaba, sino un hombre
 de una estatura mediana, de una complexión
 robusta, de una mirada viva y penetrante,
 de una voz sonora y firme, de una acción
 digna y noble, de una conducta que
 era una viva lección de virtud y de
 honor. Este hombre era el Inca, el
 hijo de la naturaleza, el hijo del cielo,
 el hijo de la tierra, el hijo de los
 españoles, el hijo de los peruanos,
 el hijo de la humanidad.

III

Perfidia de Pizarro.—Horrible matanza de los peruanos.—Las patatas y la quina.—Cautiverio de Atahualpa.—Proposiciones que hace á los españoles.—El aposento lleno de oro.—Asesinato de Huáscar.—El templo del Sol.—Atahualpa es juzgado y sentenciado á muerte.—Ejecucion de la sentencia.—Entrada de los españoles en Cusco.—Tesoros que encuentran.—Desprecio que hacen del oro.—Algunos españoles asesinados por los peruanos.—Espedicion de Belalcazar.—Se apodera de Quito.—Llegada de Alvarado, teniente de Cortés, cerca de esta ciudad.

ENTRE tanto Pizarro, despues de haber salido de Tumbes, avanzaba siempre con direccion al Sud, hasta llegar á la embocadura del rio llamado Piu-

ra. Esta comarca le pareció conveniente para establecer una colonia, que fué la primera que fundaron los españoles en el Perú y á la que dieron el nombre de San Miguel. Resolvió dejar en ella una parte de sus tropas para que activasen los trabajos del nuevo establecimiento, mientras que él con un corto número de soldados penetraba en lo interior del país.

Apenas habia salido de San Miguel, cuando recibió casi al mismo tiempo diputaciones de Huáscar y de su hermano Atahualpa. Como éste le pedia una entrevista, salió al encuentro del Inca; pero mientras que Atahualpa, confiando en la lealtad del jefe español, no pensaba mas que en desplegar toda la pompa y magnificencia de la soberanía en su marcha solemne, Pizarro adoptó algunas medidas que revelaban sus disposiciones hostiles: parecia que iba á un combate mas bien que á una cita amistosa.

Al acercarse á donde estaban los españoles, notó Atahualpa su actitud hostil, y sus amigos le participaron sus sospechas y temores, que á la verdad no eran infundados.

“Estos extranjeros, contestó el Inca para tranquilizarlos, son unos enviados de la divinidad; guardaos mucho de irritarlos con vuestras ofensas; nuestro deber es conciliarnos su afecto con nuestras atenciones y nuestra presteza en ejecutar cuanto pueda serles agradable.”

Mientras que dirigia estas palabras á los que le

rodeaban, el capellan ó misionero que llevaban los españoles, Vicente Valverde, se adelantó, llevando la cruz en una mano y la Biblia en la otra, y colocándose cerca del palanquín del emperador, le dirigió un largo discurso para explicarle los principales dogmas de la religion cristiana.

El Inca escuchó con una paciencia admirable este discurso, limitándose á responder á Valverde con gran moderacion:

“Que él no deseaba otra cosa mas que hacerse aliado y amigo del rey de España, aunque no estaba dispuesto á reconocerle por señor. Que todo lo restante del discurso era ininteligible para él; pero que tendria un placer en saber de qué medio se habia valido para que llegasen á su noticia todas las cosas que le habia contado.”

“Por este libro.”

Esta fué la única respuesta de Valverde, que le enseñaba su Biblia. El Inca coge el libro, le examina, le da una y mas vueltas en todos sentidos, se le acerca á la oreja, y al fin arrojándole, dijo con burlona sonrisa:

“Nada me habla.”

Al escuchar estas palabras, que á los españoles importaba considerar como insultos á la religion y audaces profanaciones, resuenan gritos de venganza y de muerte.

—Matemos á estos perros que desprecian las palabras de Dios y pisotean el libro de sus santos leyes!

Pizarro, como si esperase esta señal, dió la órden de disparar contra los peruanos; la infantería empieza la batalla al son de los instrumentos bélicos; la caballería sale de su emboscada, y Pizarro al frente de sus mejores soldados se precipita sobre la muchedumbre que defiende al emperador. Sorprendidos, asustados con tan imprevisto ataque los infelices peruanos, huyen de la muerte que los arcabuces les envian, y la caballería sigue su alcance á cuchilladas. Los principales de la nacion permanecian firmes junto á su rey, muriendo por defenderle; pero el intrépido Pizarro es el primero que rompe hasta Atahualpa, le coge por un brazo y le hace prisionero. La noche sola puso fin á la batalla.

Cuatro mil peruanos, entre los que se contaban algunas mujeres, niños y ancianos, perecieron en esta horrible jornada: de los vencedores ninguno quedó herido, escepto Pizarro, contuso en una mano en el momento de rendir á Atahualpa.

Despues de haber recogido los despojos en el campo de batalla, celebraron los españoles á su manera su terrible victoria. Al dia siguiente se apoderaron del campamento del inca, donde encontraron inmensas riquezas en oro, plata, muebles y telas de gran valor: bien pudieron saciar su avaricia, porque estos tesoros de todas clases sobrepujaban á sus esperanzas.

Así empezaron los españoles la série de sus conquistas, dejando recuerdo de su entrada en el Perú,

en este vasto y hermoso país al que el antiguo mundo debe dos producciones preciosísimas, cuyo descubrimiento fué un verdadero beneficio para la humanidad: estas producciones fueron la patata y la quina.

El Perú, y principalmente la fértil provincia de Quito, es en cierto modo la patria de la patata; de allí es desde donde ha sido trasportada á otras localidades de América, y por último á Europa. Todo el mundo conoce y aprecia la utilidad de este tubérculo, que constituye hoy día el principal alimento del pobre, que no es despreciado en la mesa del rico, y que se recomienda á la vez por sus cualidades nutritivas y su baratura. No tenemos necesidad de hacer el elogio de la quina: es la corteza de un árbol que solo se cria en el Perú y produce unas hojas y flores parecidas á los jacintos de Europa. Ha habido época en que la libra de quina costaba cien escudos.

Atahualpa, prisionero de los españoles, no se manifestaba abatido por la desgracia de que habia sido víctima. Encerrado en una sala que tenia veintidos piés de largo por diez y seis de ancho, ofreció á Pizarro que le llenaria de oro hasta la altura á que pudiese alcanzar con la mano, puesto de pié derecho, si queria darle la libertad. Pizarro, contentísimo de una oferta tan seductora, trató de aprovecharla haciendo una señal en la pared á la altura convenida.

Al instante Atahualpa envió á Cuzco á Quito y

á otras ciudades, sus agentes con órden de proporcionar el tributo estipulado. Los peruanos se apresuraron á obedecer, trayendo oro de todas partes; pero la pieza nunca se llenaba, á lo menos tan prontamente como deseaban los españoles, y Pizarro murmuraba de esta lentitud, que el Inca atribuía á la distancia de los parajes desde donde debia traerse el oro. En efecto, Cuzco está cien leguas de Caxamarca y las comunicaciones eran muy dificultosas entre estas dos ciudades. Para calmar la impaciencia de Pizarro, el Inca le propuso que enviase dos de los suyos á Cuzco, para que se cerciorase por su testimonio de que el pacto estipulado por el monarca podia ser cumplido, y que no habia contado en vano con el amor de sus vasallos.

Soto (1) se presentó para desempeñar esta espuesta comision, acompañado de un solo español, llamado Barco. Atahualpa les invitó á que subiesen en una de sus literas, á fin de que los peruanos les tuviesen mas respeto.

Llegados al paraje en que habian de cumplir su comision, se quedaron pasmados á la vista del oro y plata que contenian los palacios de Atahualpa y los templos del Sol; pero el espectáculo de tantas

(1) *Este Soto, que ya era entonces la segunda persona del ejército y fué despues gran favorecedor del Inca, es el mismo Hernando de Soto, conquistador de la Florida y émulo en este país de las glorias de Cortés y de Pizarro.*—(Nota del traductor.)

riquezas inflamó de tal modo su codicia, que exigieron que se despojase también los edificios sagrados. Esta petición hizo estremecer á los peruanos y en vano representaron á los dos españoles que no era necesario cometer un sacrilegio para proporcionar el rescate del monarca.

Soto y Barco se pusieron á arrancar con sus propias manos las láminas de oro que cubrían las paredes de los templos, y era tal el terror que inspiraba el nombre español, que los peruanos permanecieron inmóviles á vista de la espoliación que ejecutaban con el mayor descaro aquellos dos hombres, solos en medio de un numeroso pueblo, cuya piadosa indignación parece que desafiaban.

Mientras que los dos enviados de Pizarro desempeñaban de esta manera su comisión, se recibió en el cuartel general la noticia del regreso de Almagro, que traía un poderoso refuerzo y había fondeado en San Miguel. Entonces, con el temor de que los recién venidos reclamasen una parte del botín, se decidió que se hiciese la distribución; aunque la totalidad del oro que debía ser el rescate de Atahualpa estaba muy lejos de estar completa.

Se reservó el valor de cien mil piastras para Almagro; después Pizarro, sus hermanos y los demás capitanes recibieron la parte que les correspondía según sus grados. Tocaron además ocho mil piastras á cada ginete y cuatro mil á cada soldado de infantería. La piastra equivale á veinte reales de nuestra moneda; pero en aquella época diez escudos va-

lian más que ciento en el día. Así es fácil figurarse el enajenamiento de aquellos hombres, reclutados la mayor parte entre las clases bajas de España, cuando se vieron poseedores de tan grandes riquezas.

Hubo entre ellos muchos que manifestaron á Pizarro el deseo de volver á España para disfrutar pacíficamente el caudal que habían adquirido en el Perú. Pizarro no creyó que debía detenerlos, juzgando con razón que ya no podía contar con unos hombres cuya codicia estaba satisfecha.

Almagro llegó á Caxamarca con el esperado refuerzo; pero así que llegó se suscitaron contestaciones enojosas entre él y Pizarro: Almagro se quejaba de la desigualdad con que se había distribuido el botín, y aunque estaba reservada para él y sus compañeros una suma muy considerable, reconvinó á Pizarro porque se había adjudicado la parte mayor. Pizarro consiguió con regalos y promesas calmar el resentimiento de su asociado, y la reconciliación de estos dos hombres pareció sincera.

Entre tanto Atahualpa había aprontado la cantidad de oro estipulada por su rescate y todavía estaba prisionero. Lejos de ponerle en libertad, los españoles ni aun tenían con él las consideraciones que se debe á la desgracia: harto de humillaciones, respondían á sus quejas con nuevos ultrajes.

Todos los españoles, tanto los de Almagro como los de Pizarro, deseaban verse libres de aquel prisionero; se temían que mientras viviese, el oro que

se continuaba recogiendo bajo el risible nombre de rescate, llegase á ser presa esclusiva de Pizarro y de los suyos. Pizarro, por su parte, tenia además que vengar una ofensa personal que se imaginaba haber recibido del Inca, y no tardó en presentarsele una ocasion favorable á su designio.

Habia un miserable llamado Felipillo, que habia desempeñado de un modo ridículo las funciones de intérprete en las negociaciones entre españoles é indios y que gozaba mucha privanza con Pizarro. Esta privanza le hizo tan insolente, que se atrevió á pretender la mano de una de las mujeres del Inca, hija del Sol; pero conoció que no podia verificarse este enlace mientras viviese el monarca prisionero: era por lo tanto preciso que muriese.

El infame denunció una conspiracion imaginaria, cuyo jefe decia ser el Inca, y supuso reuniones de peruanos, que á una señal de Atahualpa, debian pasar á cuchillo á todos los españoles. Los hombres que deseaban desembarazarse á toda costa del Inca, acogieron al instante esta acusacion tan grave. Se formó un tribunal que pronunció su sentencia, siendo Pizarro el encargado de anunciársela.

Al escuchar Atahualpa esta noticia empezó á llorar, y postrándose á los piés de Pizarro, puso á Dios por testigo de su inocencia, quejándose de la deslealtad de los hombres barbudos, que despues de haberle hecho pagar el importe de su rescate, querian todavía darle la muerte. Por último, suplicó á Pizarro que si dudaba de su veracidad, le envia-

se á España, comprometiéndose á llevar en persona al emperador una gran cantidad de aquel metal á que los españoles daban tanta importancia.

Las lágrimas, las súplicas, las promesas, todo fué inútil. El inflexible Pizarro contestó friamente al Inca que ya no estaba en su poder el impedir ó suspender la ejecucion de la sentencia. Hizo despues una seña á muchos negros que estaban esperando para llevarse al infeliz monarca, al que pocos momentos despues ya le habian dado garrote. La sentencia era de quemarle vivo; pero se mitigó su suplicio porque habia consentido en recibir el bautismo.

Ciertamente que fué muy cruel la conducta de Pizarro; pero la suerte que tuvo Atahualpa no se puede considerar como una especie de expiacion con que la justicia divina queria castigar su crueldad con su hermano Huascar, al que habia mandado asesinar poco antes del regreso de Almagro, y con toda la familia de los Incas que habia inmolado á su ambicion sanguinaria?

Dejaba muchos hijos y dos hermanos: Pizarro queria que le sucediese uno de sus hijos en el trono de los Incas, para valerse de este fantasma de rey en sus proyectos de conquista. Este niño, con todos sus hermanos y hermanas se hallaba entonces en Quito, donde Atahualpa los tenia confiados á la custodia de un general peruano llamado Ruminagui. Antes de morir el Inca le habia enviado uno de sus ministros, recomendándoselos de nuevo á su vigilancia.

y lealtad: despues le enviaron su cadáver, para que dispusiera se le hiciesen unos funerales digno del rango que habia ocupado.

Pero el general peruano, ingrato y feroz á un mismo tiempo, hizo que dieran muerte no solo á los hijos del desgraciado príncipe, sino á todos los personajes que habian concurrido á Quito para asistir á sus funerales.

Mientras que Ruminagui se bañaba en Quito en la sangre de Atahualpa y sus mas fieles servidores, otro general, no menos ambicioso que él, hacia proclamar Inca en el Cuzco, aunque solo por la forma, á uno de los hermanos de Huascar, llamado Pauli. Este general se llamaba Quizquiz. En las demás provincias del imperio, otros jefes trataban de aprovecharse de aquellas turbaciones, para apoderarse del poder: en todas partes reinaban el desorden y anarquía.

Semejante estado de cosas era en extremo favorable á los designios de Pizarro. Púsose en camino inmediatamente para el Cuzco, llevando en su compañía al jóven Inca; pero se le murió en el viaje. Esta circunstancia no le detuvo, porque habia recibido poderosos refuerzos de Panamá y otras colonias españolas, y además no podia contar con una seria resistencia por parte de los peruanos divididos. Quizquiz es verdad que habia reunido tropas numerosas, tratando de oponerse á la marcha de los españoles; pero siempre vencido, ni aun pudo defender las avenidas de la capital. Pizarro entró

en ella despues de varios encuentros en que apenas tuvo cinco ó seis hombres ligeramente heridos.

El tesoro que Atahualpa habia entregado por su rescate, era poca cosa en comparacion del botin inmenso que hallaron en el Cuzco, á pesar de que los habitantes de esta capital habian huido con sus efectos mas preciosos. Pero desde este momento, el oro que los españoles encontraban en tanta abundancia, empezó á no tener valor á sus ojos. Los simples soldados rasos eran tan pródigos de él, que jugaban entre sí unas sumas que ningun soberano se hubiera atrevido á aventurar. Un par de calzones, lo mismo que un par de botas, se pagaba en treinta piastras; un caballo costaba quinientos ó seiscientos ducados, y aun mucho tiempo despues de la época de que se trata, estos precios se mantenian tan subidos, subsistiendo el poco valor del oro.

Ocurrió por entonces un suceso terrible que vino á turbar toda la alegría de Pizarro: un buen destacamento de sus tropas, marchando con ciega seguridad, fué sorprendido en una emboscada por los peruanos, y muchos soldados españoles cayeron vivos en su poder. Fueron llevados delante de un hermano de Atahualpa, llamado Titu-Autaché, para que dispusiese de ellos. Se reconocieron algunos que tenian parte en la muerte de Atahualpa, y otros que habian hecho los mayores esfuerzos para salvarle. Titu-Autaché hizo que dieran garrote á los primeros, á quienes ataron al mismo poste que habia servido para el suplicio de Atahualpa, y puso

en libertad á los segundos, á quienes despidió colmados de magníficos regalos.

En este intervalo, un suceso de otra naturaleza, pero cuyas consecuencias debian ser mucho mas graves para los españoles, fué en cierto modo la señal de un trastorno general.

Pizarro habia dejado á su teniente Belalcazar en San Miguel con un corto número de soldados: cuando aquel tuvo noticia de la toma del Cuzco y supo el rico botin que habia tocado á los soldados de Pizarro, quiso tambien tener su parte de riqueza y de gloria y formó el proyecto de apoderarse de Quito, capital de la vasta comarca de este nombre, destrinando á Ruminagui, que se habia constituido soberano. Reforzado con algunas tropas que llegaron á San Miguel, dejó en este punto un corto destacamento y marchó resueltamente contra Quito.

Triunfó á fuerza de valor y de constancia, de las dificultades de un camino muy penoso al través de impetuosos torrentes, de selvas casi impenetrables y de profundas lagunas. La esperanza de una rica y abundante presa, sostenia y animaba á Belalcazar y sus intrépidos compañeros. Despues de haber superado todos estos obstáculos, de haber vencido y hecho huir á Ruminagui, que habia tratado de impedir su marcha, entraron por fin en Quito. Pero un cruel desengaño les esperaba en esta capital, donde creian encontrar el resto de los tesoros de Atahualpa. La ciudad habia sido abandonada por los habitantes, que se habian llevado todos los objetos que pudieran ser de algun valor.

Apenas se habian instalado en su estéril conquista, cuando apareció en las cercanías de Quito un cuerpo de tropas españolas al mando de Alvarado, el antiguo capitan de Cortés.

Nombrado por el conquistador de Méjico gobernador de la provincia de Guatemala, situada en las costas del mar del Sur, mas allá de Tabasco, supo los triunfos de Pizarro en el Perú y formó el proyecto de concurrir él tambien, porque el descanso á que le condenaba su gobierno de Guatemala no convenia de modo ninguno á su carácter aventurero y á su actividad infatigable. A su voz acuden numerosos soldados que se reputaban felices en seguir la bandera de tan famoso capitan, y bien pronto se encontró á la cabeza de quinientos hombres, entre los cuales habia doscientos bastante ricos para comprar un caballo.

Desembarcó en Puerto-Viejo situado un poco al Sud, mas allá de la línea, y desde allí se dirigió hácia Quito. ¡Pero qué fatigas, qué padecimientos van á poner á prueba la intrepidez del jefe y de los soldados! El hambre les hizo matar los caballos, y no encontraban alivio del tormento de la sed mas que en las gotas de rocío recogidas en la concavidad de las hojas de algunas plantas. Tan pronto les faltaba el aliento con los ardores sofocantes de un sol abrasador, tan pronto el frio cruel que reina en las montañas hiela sus miembros y los deja entorpecidos. Los cadáveres de sesenta compañeros quedaron en el camino. Unas veces tenian

que sufrir la nieve y otras veces una lluvia de cenizas ardientes que despiden los volcanes inmediatos á Quito, las que llevadas por el viento, los envuelven en una nube de fuego que no les deja respirar.

No habia obstáculo, sin embargo, capaz de detener á Alvarado y sus campeones, y llega por fin con ellos á vista de Quito.

IV.

Reunion de Belalcazar y Almagro en Quito.—Preparativos de combate.—Convenio.—Manco, nuevo Inca del Perú.—Se presenta á Pizarro.—Alvarado vuelve á Guatemala.—Pizarro pone la primera piedra de Lima.—Llegada de Hernando Pizarro á España.—Premia el rey á Francisco Pizarro y Almagro.—Querrela.—Preparativos de Almagro para su expedición á Chile.—Padecimientos de los españoles.—Frio excesivo.—Llegada á Chile.—Rebelion de los peruanos.—Quieren apoderarse de Lima y de Cuzco.—Son rechazados.—Guerra civil entre los españoles.—Almagro entra en Cuzco por sorpresa.—Los hermanos de Francisco Pizarro son hechos prisioneros.—Generosidad de Almagro.

LA aproximacion de un cuerpo de tropas españolas causó la mayor inquietud á Belalcazar, á quien Pizarro se habia incorporado con su pequeño ejér-